

LXXXIII

Así el leon que su melena horrible
 Bramando sacudia, fiero, altivo,
 Si mira airado al dueño, que terrible
 Domeñar supo su furor nativo,
 El yugo aguanta que le fué insufrible,
 Y á un solo amago tiembla ahora cautivo,
 Y ni por la melena, garra ó diente
 Tan fuertes, su soberbia alzarse siente.

LXXXIV

Es fama que se vió, con rostro crudo
 En actitud atroz, amenazante,
 A un alado guerrero, fuerte escudo
 Por defensa, á Bullon poner delante,
 Y cual rayo vibrar hierro desnudo
 Que aun de sangre veíase humeante.
 De reino ó pueblo acaso sangre era
 Que del cielo en la cólera incurriera.

LXXXV

Quieto el tumulto así, van deponiendo
 Las armas, y con ellas la ojeriza,
 Va á su tienda Gofredo y discurriendo
 Cosas varias, sus planes analiza:
 El de un ataque á la ciudad tremendo
 Para ántes de tres dias formaliza;
 Y las máquinas fuertes examina
 Con que expugnar los muros determina.

FIN DEL CANTO OCTAVO.

CANTO NOVENO.

Conjúrase el infierno con Soliman y con los árabes, en daño de los fieles.
 Batalla nocturna. San Miguel dispersa á los
 monstruos infernales y devuelve la victoria á Godofredo.

I

Viendo el monstruo infernal ya sosegados
 Los vientos, las contiendas, la ira ardiente,
 Y que es vano luchar contra los hados
 Y los decretos de la eterna mente,
 Párte y los campos quedan agostados
 Donde pasa, el sol falta de repente.
 Con más furia y más negras artes malas
 A nueva empresa atroz tiende las alas.

II

De sus espías por la industria y arte,
 Sabe que del cristiano campamento
 Fuera Reynaldo está en remota parte
 Y Tancredo y los más de grande aliento.
 Dice: "¿Qué esperas ya para lanzarte?
 " A guerra Soliman venga al momento
 " Inesperado. Triunfará de cierto
 " De un campo en disension, casi desierto."

III

Vuela donde entre bárbaros errantes,
De ellos caudillo, Soliman habita:
No hay alma en los rebeldes habitantes
Del infierno, más negra y más precita;
Ni habria si la tierra sus gigantes
Volvierá á producir, raza maldita.
Rey era de los turcos, y Nicea
Asiento del imperio hace que sea.

IV

Al frente corre de la costa griega
Su confin, del Meandro hasta el Sangario;
Donde al Misio y al Frigio y Lidio agrega
Del Ponto y la Bitinia el pueblo vario.
Cuando el Cristiano ya venciendo llega
Al Asia, al Turco y todo infiel contrario,
Expugnada su tierra, y en reñido
Combate por dos veces fué vencido.

V

Despues que suerte nueva tiente en vano,
Lanzado á fuerza del país nativo,
A la corte acudió del rey gitano
Que le hospedó cortés y compasivo:
Plúgole ver á aquel feroz pagano
Brindar la ayuda de su brazo activo,
Pues evitar que gane determina
De Cristo la Cruzada á Palestina.

VI

Mas ántes que la guerra abiertamente
En que pensando estaba, le anunciara,
Mucho oro dale, á fin de que la gente
De Arabia á sueldo Soliman tomara.
Mientras de Asia y de moros diligente
Junta hueste, aquel viene y á la avara
Turba árabe reune, mercenaria,
Siempre al robo dispuesta, y temeraria.

VII

Hecho su jefe así, la dilatada
Judea entera corre, tala, arruina,
Tal que á llegar ó á retornar cerrada
Quede á las francas huestes la marina.
La injuria recordando no vengada
Y de su reino la fatal ruina,
Grandes cosas su mente airada vuelve;
Mas no bien se asegura ó se resuelve.

VIII

A éste, Alecto, la furia infernal, vuela
Tomando de hombre anciano la figura:
De arruga y palidez el rostro vela,
Barbado el labio, lo demas rasura;
Envuelve la cabeza en larga tela
Y baja hasta los piés su vestidura;
La cimitarra al lado, al hombro aljaba
Y arco en las manos débiles llevaba.

IX

Dice: "Mientras nosotros por la playa
" Infecunda vagamos y desierta,
" Donde ni ya botin se espera que haya,
" Ni victoria que diera gloria cierta;
" Se deja que Gofredo á sitiar vaya
" La ciudad, ya á sus golpes casi abierta;
" Y verémos si un poco más se tarda
" Que arruinada en incendio voraz arda.

X

" ¿Chozas quemadas, bueyes y ganados,
" Trofeos son que á Soliman contentan?
" ¿Recobras así el reino? ¿Así vengados
" Son los daños y ultrajes que te afrentan?
" ¡Valor! De noche, donde están campados
" Entra, y haz que tu fuerte brazo sientan;
" Cree á tu viejo Arazpe. Que no yerro
" En el reino probaste y el destierro.

XI

“ No os espera ni teme: que desprecia
 “ Al árabe desnudo, acobardado:
 “ Ni ha de creer de gente que se precia
 “ De ladrona y fugaz, un golpe osado;
 “ Pero brava la hará tu ira recia
 “ Contra el real que yace desarmado.”
 Dice así; furia é ímpetus violentos
 Sopla en su seno, y mézclase en los vientos.

XII

Gritando Soliman, alza la mano:
 “ ¡Oh tú, que furor tanto me infundiste
 “ Y hombre no eres, aunque rostro humano
 “ Muestras, te seguiré donde dijiste:
 “ Iré; montes haré donde ora es llano:
 “ Montes de muertos en estrago triste;
 “ Rios haré de sangre; ven conmigo,
 “ Y en lo oscuro mis armas rige amigo.”

XIII

Calla, y las tribus junta sin tardanza;
 Su voz anima al más cobarde y lento,
 Tal, que llenos de ardor y confianza,
 Todos ya quieren secundar su intento.
 Suena Alecto la trompa; audaz avanza
 Y da ella misma la bandera al viento.
 Marcha el campo, ántes vuela, en prisa tanta
 Que de la Fama al vuelo se adelanta.

XIV

Alecto á poco andar se les separa,
 Que de correo va á tomar vestido,
 Y á la hora que entre sombras y luz clara
 Quedar parece el mundo dividido,
 Llega á Jerusalem, donde no pára
 Hasta ser al Rey moro introducido;
 La gente que allí viene le reseña
 Y del nocturno ataque la hora y seña.

XV

Van las tinieblas ya tendiendo el velo
 Que un rojizo vapor tiñe sombrío,
 Y en lugar de bañar nocturno hielo
 El campo, sangre tibia es su rocío.
 Mil monstruos y prodigios muestra el cielo;
 Pueblan malignas larvas el vacío,
 Y los horrores que el abismo encierra
 Vierte Pluton en la espantada tierra.

XVI

Por tan profundo horror al campamento
 Cristiano, el fiero Soliman camina;
 Mas llegada á mitad del firmamento
 La noche, que de allí veloz declina,
 Como á una milla, donde soñoliento
 Duerme tranquilo el franco, se avecina:
 Manda comer, y miéntras hacen alto
 Les habla y los anima al crudo asalto.

XVII

“ Veis allí un campo de rapiña lleno
 “ Que fama tiene más que fortaleza,
 “ Y que cual mar en su insaciable seno,
 “ Del Asia absorbe toda la riqueza.
 “ Con ataque de riesgo casi ajeno,
 “ A ganarle la suerte os endereza.
 “ Armas, caballos, oro, recompensa
 “ Vuestra serán, que no de ellos defensa.

XVIII

“ No es éste ya el ejército valiente
 “ Que á Nicea y al persa hubo vencido;
 “ En guerra tan prolija y diferente
 “ Dél ya la mayor parte ha perecido;
 “ Y aunque intacto estuviera, quietamente
 “ Inerme, está en el sueño sumergido.
 “ Al que duerme matar es fácil caso,
 “ Que del sueño á la muerte hay sólo un paso.

XIX

“ Sús, sús, venid, yo os abriré el primero
 “ Por sobre cuerpos muertos amplia senda;
 “ Y del mio á dar muerte cada acero
 “ Y á usar el arte de crueldad aprenda.
 “ De Cristo el reino caerá embustero:
 “ Libre Asia á vuestra gloria dará ofrenda.”
 Así al combate los incita ardiente,
 Y los hace avanzar calladamente.

XX

Entre las sombras y la luz incierta
 De centinelas ve puesto avanzado;
 Que no halló, cual creía cosa cierta,
 Al Capitan prudente descuidado.
 Aquellos gritan, y en carrera abierta
 Parten al ver el campo así atacado;
 Despiértase la guardia y se alza presta
 Y como puede á pelear se apresta.

XXI

Dan aliento á sus cobres los infieles
 Que conocen que fueron ya sentidos;
 Se alza alarido horrible: de corceles
 Relinchos se oyen al tropel unidos;
 Mugen montes y valles; ecos fieles
 Del abismo, repiten los mugidos;
 La tea que encendiera en Flegetonte
 Alza Alecto, que es seña á los del monte.

XXII

Llega el Soldan, con ímpetu violento,
 Donde en desórden aún está la guarda,
 Tan rápido, que en raudo movimiento
 Más la tormenta en desatarse tarda;
 Rio que arranque montes de su asiento,
 Rayo que torre hiera y haga que arda,
 Terremoto que el mundo de horror llene,
 Nada á su furia semejanza tiene.

XXIII

No baja el hierro sin que el golpe acierte;
 No acierta golpe sin que crudo hiera;
 No hiere crudo sin que dé la muerte.
 Más diria, si más se me creyera:
 Y fortaleza sea, sea suerte,
 No parece que herida él recibiera
 Aunque á veces su yelmo álguien golpea,
 Que rimbomba y horrible centellea.

XXIV

Cuando él solo ya casi en fuga ha puesto
 El primer tercio de la franca gente,
 Cual diluvio desátase, compuesto
 De arroyos mil, de alarbes el torrente.
 Los francos huyen cuanto pueden presto,
 Y los que los persiguen, juntamente
 Con ellos al real entran; destruido
 Todo se ve, de horror y muerte henchido.

XXV

Sobre el yelmo el Soldan lleva visible
 Sierpe alada que el cuello alza y descoge;
 En la garra apoyándose temible
 La erguida cola en arco doble encoge;
 Parece que tres lenguas vibra horrible,
 Que con agudo silbo espuma arroje,
 Que con la lucha ella tambien se inflama
 Y que al moverse, humo despide y llama.

XXVI

Se muestra con aquella luz dudosa
 Tan formidable el bárbaro pagano,
 Como al marino en noche tempestuosa,
 Entre mil rayos, el turbado océano.
 Unos el pié á la fuga presurosa,
 Otros al hierro dan la fuerte mano;
 Y en la noche el tumulto y riesgo crece
 Tanto más cuanto menos aparece.

XXVII

Entre los que más ánimo mostraron,
 Latin, hijo del Tiber, bien se esfuerza,
 A quien ni los trabajos fatigaron,
 Ni los años menguaron su gran fuerza.
 Sus cinco hijos allí le acompañaron,
 Siempre con él, doquiera el paso tuerza;
 Antes mucho de tiempo, van armados
 Pues aun crecen sus miembros delicados.

XXVIII

Con el ejemplo del paterno brío,
 La espada en sangre aguzan é ira nueva.
 Díceles: "Vamos donde aquel impío
 " En los que huyen sus furioses ceba;
 " Que su crueldad no ha de enervar confío
 " El valor que ora en él poneis á prueba;
 " Que aquel honor ¡oh hijos! es menguado
 " A quien no adorna algun horror pasado."

XXIX

Fiera leona así sus cachorrillos
 Que aun no melena de sus cuellos penda,
 Ni aun por la edad les crezcan los colmillos
 Y la garra fortísima y tremenda,
 Al peligro los lleva tiernecillos
 A que el ejemplo su furor encienda,
 Contra quien los persigue en las praderas,
 Y que hace huir las ménos bravas fieras.

XXX

Sigue el grupo al buen padre que los guía
 De cinco, y al Soldan á poco alcanza.
 En un punto, un acuerdo, y se diría
 Un aliento, los seis bajan la lanza;
 Audaz el mayor hijo en demasía
 La asta arrojando al Tureo se abalanza
 Con la espada: el caballo herir quisiera
 Para que Soliman con él cayera.

XXXI

Mas como risco expuesto á la tormenta
 En medio al mar y de olas azotado,
 Resiste inmoble al trueno y la violenta
 Ira del cielo, y viento y mar airado,
 Así el fiero Soldan firme se ostenta
 Contra lanzas y espadas, sin cuidado,
 Y al que hirió su caballo, con enojo
 La cabeza divide entre ojo y ojo.

XXXII

Aramante al hermano en su caída
 Piadoso el brazo tiende y lo sostiene:
 Vana y loca piedad, que reunida
 Es su desgracia á la que al otro aviene;
 Baja la espada Soliman temida
 Y el brazo, él y el que apoya á tierra viene.
 Caen entrambos y exhalan abrazados
 La sangre y los espíritus mezclados.

XXXIII

Troza el Soldan la lanza de Sabino
 Con que de léjos el doncel le embiste;
 De un golpe del caballo al suelo vino,
 Y aquel felon en pisotearle insiste:
 Sale el alma del cuerpo alabastrino
 Del jóven, con esfuerzo, y dejó triste
 Las auras de la vida y los hermosos
 Dias de tierna juventud gozosos.

XXXIV

Vivos quedan aún Pico y Laurente,
 Que en un parto á su padre enriquecieron;
 Tan parecidos eran, que frecuente
 Ocasión á gratisimo error dieron;
 Mas con ser tan iguales, diferente
 Suerte á las manos del Soldan tuvieron:
 A uno el bárbaro corta la cabeza,
 A otro el pecho traspasa su fiereza.

XXXV

El padre ¡ay! ya no padre (¡oh dura suerte
Que tantos hijos le quitó en un día!)
En cinco muertos ve también su muerte
Y de su estirpe: toda allí yacia.
No sé cómo era su vejez tan fuerte
Que tan atroz desdicha resistia.
Respira y lucha aún; mas los semblantes
Quizá no vió á sus hijos espirantes.

XXXVI

A sus ojos, de aquella horrible pena
Una parte ocultó tiniebla amiga;
Mas la victoria su anhelar no llena
Aunque sin daño suyo la consiga.
Pródigo de su sangre, de la ajena
Ciega avidez á pelear le instiga.
No se conoce cuál más deseara,
A otro matar, ó que otro le matara.

XXXVII

A su enemigo grita: "¡Qué! ¿Has creído
" Tan débil esta diestra y despreciable
" Que provocar tu furia no he podido
" A quitarme esta vida miserable?"
Calló y con duro golpe bien medido
Las placas rompe y malla formidable,
Y dale en el costado herida fuerte
Que tibia sangre en abundancia vierte.

XXXVIII

Al grito, al golpe, el bárbaro sañudo
A él convierte la espada y recia ira;
Le abre el peto y primero abrió el escudo
Por el que un cuero siete veces gira,
Y en sus entrañas hunde el hierro crudo.
Solloza Latín mísero y espira,
Y alternando la sangre dividida,
Por la boca le sale y por la herida.

XXXIX

Como en el Apenino vivaz planta
Que burló de Aquilon y Euro la guerra,
Si un turbion su raíz al fin levanta
Los árboles en torno echa por tierra;
Así aquel cae y es su fuerza tanta
Que más de uno derriba á quien se aferra.
Fué digno fin de aquel varon tan fuerte
Que grandes cosas hizo aun en su muerte.

XL

Mientras saciaba el turco su odio interno
Y su hambre de matar cuerpos humanos,
Los árabes que anima el negro infierno
Hacen también destrozo en los cristianos.
Enrique, inglés, y el bávaro Oliferno
Mueren, feroz Draguto, por tus manos:
A Gilberto y Filipo da Arideno
Muerte, del Rhin nacidos en terreno.

XLI

Albazar con la maza á Ernesto abate,
Algazel á Engerlano con la espada.
Mas ¿quién decir podría el desbarate
Y la plebe que allí fuera matada?
A los primeros gritos del combate
Bullon despierta, y con la priesa usada,
Se arma y juntando un escuadron florido,
Al auxilio se lanza requerido.

XLII

En cuanto tras la grito oyó el tumulto
Crecer por puntos con horribles sonos,
Imaginó que repentino insulto
Ser debió de los árabes ladrones;
Que ya á su vigilancia no era oculto
Que en torno recorrian sus regiones;
Mas no piensa que bárbaros fugaces
De asaltar el real fueran capaces.

XLIII

Miéntras llegaba, se oye de repente
 ¡Arma! ¡arma! apellidar por un costado,
 Y á un tiempo mismo alzarse horriblemente
 Un bárbaro alarido destemplado.
 Era Clorinda que del rey la gente
 Lleva al asalto; Argante está á su lado.
 A Güelfo, que segundo en mando era,
 El Capitan habló de esta manera:

XLIV

“ Oye ese nuevo estrépito de Marte
 “ Que del collado y la ciudad nos viene;
 “ Preciso es que tu valor y arte,
 “ Del nuevo ataque el ímpetu refrene;
 “ Marcha, pues: de esta gente lleva parte,
 “ La que tú pienses que mejor conviene;
 “ Al otro lado el resto irá conmigo
 “ El avance á estorbar del enemigo.”

XLV

En esto convenidos, á ambos lleva
 Por diverso sendero igual fortuna:
 Al monte á Güelfo, al Jefe do se ceba
 Soliman, sin hallar defensa alguna.
 Bullon recoge al paso fuerza nueva
 Hasta que un grueso cuerpo se reuna;
 Con él pujante ya, sigue marchando
 Adonde el fiero turco está matando.

XLVI

Tal del nativo monte en la pendiente
 No llena humilde el Pó su angosto lecho;
 Pero cuanto más dista de la fuente
 Va más soberbio, caudaloso hecho.
 Roto el confin, de toro alza la frente
 Vencedora, y el valle le es estrecho;
 Rechaza al Adria, al parecer contrario
 Al mar en guerra, más que tributario.

XLVII

Gofredo, que ve huir despavorida
 Su gente, acude al punto y la impropere:
 “ ¿Qué temor—dice—os pone así en huida?
 “ Quién el que os sigue es mirad siquiera:
 “ Gente vil y cobarde, que una herida
 “ Cara á cara jamas ni da ni espera;
 “ Si volviendo mostrais rostro resuelto,
 “ Huirán luego, sólo en verle vuelto.”

XLVIII

Pica el bridon, dicho esto, y lo revuelve
 Adonde á Soliman feroz divisa;
 Entre la sangre y polvo que le envuelve
 Y armas, riesgos y muertes corre aprisa:
 Al golpe de la espada abre y disuelve
 Filas y grupos, los caidos pisa;
 Que derribando va por ambos lados
 Caballo y caballero, armas y armados.

XLIX

Sobre montes de muertos; salto á salto,
 El espanto sembrando, se encamina.
 Intrépido el Soldan que el fiero asalto
 Ve venir, ni le huye ni declina;
 Viene al encuentro con la espada en alto
 Para herir, y á Gofredo se avecina.
 ¡Oh! que dos caballeros la Fortuna
 De los polos del mundo en lid aduna.

L

El valor y el furor se disputaban
 De Asia, en círculo breve, el reino extenso.
 ¡Quién pudiera decir cuál peleaban,
 Y quién pintara su ardimiento inmenso!
 Callo horrendas hazañas que acababan,
 Envueltas por la noche en velo denso,
 Del sol más claro dignas, y por tales
 Que á verlas se juntaran los mortales.

LI

El pueblo de Jesus tras de tal guía,
 El valor recobrado, iba adelante,
 Y al Soldan homicida circuía
 Lo mejor de su gente y más pujante.
 Igualmente la sangre se vertía
 De fieles y de infieles abundante;
 Que iguales vencedores y vencidos
 Matan y hieren, muertos son y heridos.

LII

Como Austro y Aquilon que iguales pueden,
 Cada cual contra el otro se arrebate,
 Y ni en el cielo ni en el mar se ceden,
 Mas nube á nube y ola á ola bate;
 Tal allí ni unos ni otros retroceden:
 Arde dudoso el áspero combate
 Y el pelear dura sanguinoso y crudo,
 Hierro con hierro, escudo con escudo.

LIII

No es ménos fiera por el otro cuerno
 La lid, ménos trabada ó ménos densa,
 Y mil nubes de espíritus de Averno
 Llenan del aire la region inmensa
 Y en los paganos soplan fuego interno.
 Nadie en volver atrás un paso piensa,
 Infernal tea al Circasiano inflama
 En quien ya ardía su nativa llama.

LIV

Tambien él pone en fuga y desordena
 La guardia, y ágil la trinchera salta;
 De los miembros que corta el foso llena
 Y allana el paso á la que en pos asalta.
 Turba feroz, que ya nada refrena,
 Y las tiendas del rojo humor esmalta.
 Sigue Clorinda casi sin distancia;
 Que ir zaguera desdeña su arrogancia.

LV

Cedian los francos ya, cuando la gente
 De Güelfo llega en oportuna ayuda,
 Y háceles luego que cambiando frente
 El rostro den á la morisma cruda.
 Recio lidian. De sangre la corriente
 En qué lado es mayor se pone en duda.
 En tal punto, la vista el Rey del cielo
 Vuelve al combate que ensangrienta el suelo.

LVI

Allí asentaba donde santo y justo
 Da ley á todo y todo orna y produce,
 Desde el empíreo al bajo mundo adusto
 Que por seso ó razon no se conduce:
 De toda eternidad en trono augusto
 Una luz sola con tres rayos luce:
 Bajo sus piés están Hado y Natura,
 Sus ministros, la fuerza, la mensura.

LVII

Y el lugar, y la gloria que disuelve
 Cual humo ó polvo nuestra gloria vana,
 Nuestro oro, nuestros reinos, nada vuelve;
 Y menosprecia la grandeza humana.
 Así el Creador en su esplendor se envuelve,
 Que en vano en verle aun la virtud se afana;
 Rodéanle las almas inmortales
 Desigualmente en la gozar iguales.

LVIII

Con los divinos cantos, resonante
 Gozoso está el empíreo y arrobado.
 Llama á Miguel que en fúlgido diamante
 Más que el sol reluciente, estaba armado.
 Dícele: "¿Ves la hueste que arrogante
 " Contra la mia fiel se ha levantado,
 " Saliendo impía de lo más profundo
 " Del Báratro y alzándose hasta el mundo?"

LIX

“Vé y mándale que deje á mis criaturas
 “La guerra hacer que á mi querer conviene,
 “Y el reino de los vivos y las puras
 “Auras no más conturbe y envenene:
 “Vuelva á las noches de Aqueronte oscuras,
 “Digno albergue, en que justamente pene,
 “Y á sí y á quienes yo le he permitido
 “Atormente. Eso mando, eso decido.”

LX

Calló, y el capitan de sus legiones
 Besa los piés divinos, y se lanza
 Tan rápido del cielo á las regiones,
 Que el pensamiento mismo no lo alcanza:
 El fuego y la luz pasa en que mansiones
 Los justos han de gloria y bienandanza;
 Luego el puro cristal del orbe mira
 Que de astros tachonado en torno gira.

LXI

De allí el curso diverso y los semblantes
 Con que Saturno ó Júpiter se eleve,
 Y los demas que no vagan errantes
 Si angélica virtud es quien los mueve;
 Y los alegres campos fulgurantes
 De eterna luz, de donde truena y llueve,
 Y en que el mundo se informa y se deshace,
 Y en lucha sin cesar muere y renace.

LXII

Van sus divinas alas sacudiendo
 La negra oscuridad y hondos horrores;
 Da á la noche luz clara, y va esparciendo
 De su rostro celestes resplandores,
 Como el sol los nublados va vistiendo
 Tras la lluvia en bellísimos colores:
 Tal cae por el líquido sereno
 Estrella de la grande madre al seno.

LXIII

Desciende á do las furias infernales
 En los árabes soplan saña fiera;
 E insistiendo en las plumas inmortales
 Vibrando el asta, habló de esta manera:
 “Bien deberíais ya saber con cuáles
 “Rayos, del cielo el Rey airado hiera,
 “Oh en desprecio y tormentos afligidos
 “Y en la extrema miseria aún atrevidos;

LXIV

“El Señor, con designio inexcrutable,
 “Que en Sion la Cruz triunfe determina.
 “¿A qué oponerse al hado incontrastable?
 “¿A qué irritar la cólera divina?
 “Id, malditos, al reino detestable
 “Que en pena y muerte eterna se os destina,
 “Y os sean sus horribles calabozos
 “De guerra escena y de triunfales gozos.

LXV

“Ensañaos allí, y en los tormentos
 “Cebaos de los tristes condenados,
 “Con rechinar de dientes y lamentos
 “De cadenas al férreo són mezclados.”
 Dijo, y á los que via al partir lentos,
 Hace su fatal lanza apresurados;
 Y gimiendo descenden de las bellas
 Regiones de la luz y áureas estrellas.

LXVI

Van volando al abismo, por consuelo
 A aumentar de los reos los dolores;
 No tanta pasa el mar en rauda vuelo
 Turba de aves, buscando los calores,
 Ni tantas el Otoño arroja al suelo
 Hojas, del primer frio á los rigores.
 Ya de ellos libre el mundo, aquella negra
 Faz deponiendo, plácido se alegra.

LXVII

No por eso de Argante rencoroso
Se ve el odio y furor disminuido,
Si bien de Alecto no al soplo rabioso
Ni al azote infernal es ya movido.
Gira la espada donde más copioso
Está el cristiano pueblo y más tupido;
Siega los nobles, los plebeyos tala
Y el más humilde al más soberbio iguala.

LXVIII

No anda léjos Clorinda, á cuyo frente
De muerte y sangre está la tierra henchida.
Su acero á Berlinguier parte inclemente
El corazon, albergue de la vida,
Y la espada impelió tan fuertemente,
Que sangrienta á la espalda halló salida:
A Albino hiere donde el niño pende
De la madre, y á Galo el rostro hiende;

LXIX

La diestra que la hirió corta á Gerniero,
Que cae y rueda en el polvoso llano;
Los dedos tiemblan, ase aún el acero
Y semiviva salta aquella mano:
Tal la cola cortada á un dragon fiero,
De nuevo al tronco unirse busca en vano.
Déjale así Clorinda mutilado,
Y contra Aquiles vuelve el hierro airado.

LXX

Entre el cuello y la nuca le endereza
Un tajo que degüella al desdichado:
Rueda ántes por el suelo la cabeza
Y el rostro está en el polvo revolcado
Que el tronco caiga: queda con firmeza
(Milagro triste) en el arzon sentado
Hasta que su corcel, suelta la brida,
Corriendo y coceando lo despida.

LXXI

Miéntras así la indómita guerrera
De Occidente la tropa asuela y bate,
No lleva en contra ménos altanera
En los moros Gildipe el desbarate.
Igual el sexo, igual el valor era
Que muestran una y otra en el combate;
Mas entre sí lidiar no les es dado,
Que á enemigo mayor las guarda el hado.

LXXII

Cada una por su lado recio riñe
Y más y más la turba se amontona.
Güelfo la espada que al costado ciñe
Empuña y se dirige á la amazona
Pagana, y la cruel espada tiñe
Algo en el bello cuerpo. Cual leona
Ella el golpe devuelve, y su cuchilla
Entre una le pasó y otra costilla.

LXXIII

Redobla Güelfo y no la hiere. Ormida
Que pasaba entre ambos velozmente,
Recibe la que á ella es dirigida
Espada fuerte que le hendió la frente.
En torno á Güelfo está ya reunida
De la que le obedece mucha gente,
Y de árabes también el golpe crece,
Y la lid más se traba y enardece.

LXXIV

La Aurora ya la faz de nieve y rosa
Asoma del Oriente en los balcones.
Argilan, que en la noche tumultuosa
Libre quedó de guardas y prisiones,
Armas busca y con ansia presurosa
Las que halla viste, y sigue los pendones,
Enmendar anhelando sus errores
Y nueva prez ganar, nuevos honores.

LXXV

Cual corcel encerrado con esmero
Que sólo á justa ó lid su dueño apresta,
Si huir logra tal vez, corre ligero
Al río, á la manada, á la floresta.
Vuelan sus crines por el cuello fiero,
Soberbio la cerviz sacude enhiesta,
Su casco suena, es rayo en la carrera,
Y llena de relinchos la pradera;

LXXVI

Tal Argilan venia; su mirada
Arde, es su frente intrépida y sublime:
Agil salta, ligera su pisada
Apénas en el polvo huella imprime.
A la lid llega y dice en voz alzada,
Como hombre que todo ose y nada estime:
"¡Oh sucia hez del mundo, árabes viles,
"¿De dónde os vienen bríos tan gentiles?"

LXXVII

"No al peso de celadas y de escudos,
"De peto y espaldar sois avezados;
"Sólo sabeis, cobardes y desnudos,
"El viento herir y huir como venados:
"Vuestras proezas, vuestros hechos crudos
"De noche hacéis, por sombras resguardados.
"Ya que cesando va en quien confiabais,
"Más armas, más valor necesitabais."

LXXVIII

Al tiempo que habla, de Algazel al cuello
Tan fuerte golpe y tan cruel asesta,
Que en sus fauces el habla y el resuello
Cortó, cuando iba á darle aquel respuesta.
Ve el infeliz el último destello
De luz; le cubre palidez funesta;
Cae, muerde feroz la dura tierra,
Y rabioso al morir á ella se aferra.

LXXIX

Con varios modos luego á Saladino
A Muleáse y Agricalte mata;
A Aldiazil, que se encuentra allí vecino,
Los costados de un golpe desbarata;
Traspasándole el pecho, á Ariadino
Derriba, y con sarcasmos le maltrata;
Los ojos graves alza el infelice
Y al baldon respondiéndole así le dice:

LXXX

"No tú, seas quien fueres, de esta muerte
"Gran tiempo, vencedor podrás jactarte:
"Te espera igual destino, que más fuerte
"Diestra, á mi lado aquí vendrá á postrarte."
"Con risa amarga el otro: "De mi suerte
"El cielo cuide; tú al infierno pártete,
"Pasto de aves y perros," y le pisa
Con el pié, y hierro y alma saca aprisa.

LXXXI

Un paje del Soldan se revolvía
Con lanceros y arqueros matadores,
Que por jóven aún no deseubría
Su bella barba las primeras flores:
Toda rocío y perlas parecía
Cubierta su mejilla de sudores;
El polvo gracia añade á su cabello,
Y era, aun enfurecido, el rostro bello.

LXXXII

Monta un corcel que iguala en su blancura
En Apenino la reciente nieve:
Llama ó turbion que salten á la altura
Su carrera no igualan rauda y leve;
Blande él una azagaya con bravura,
Pende á su lado espada corva y breve,
Luce con pompa bárbara un bordado
Manto, de oro y púrpura adornado.

LXXXIII

En tanto que el doncel que con delicia
 Nuevo el placer de gloria saborea,
 Y mezclado en la bárbara milicia,
 Aquí y allí como el mejor pelea,
 Atísbale Argilan que con malicia
 Herirle espera al tiempo que voltea;
 Tirale al fin la lanza, el corcel rueda
 Y va sobre él ántes que alzarse pueda,

LXXXIV

Y al suplicante rostro, el cual en vano
 Con arma de piedad sólo defiende,
 Alza cruel la inexorable mano
 Y la belleza singular ofende.
 Cual si sintiera, más que el hombre, humano
 Fué el hierro, se torció y plano descende.
 ¿Qué aprovecha? Repite el golpe fiero
 Y da de punta donde erró primero.

LXXXV

Soliman, que de allí poco distaba,
 Con Gofredo en combate entretenido,
 Déjale, á su corcel la espuela clava
 Cuando ve el riesgo del garzon querido:
 Rompe la turba, llega donde estaba,
 A vengarle; al auxilio no ha podido;
 Que ve ¡oh dolor! yacer el cuerpo amado
 De su Lesbin, cual flor que se ha cortado;

LXXXVI

Que el mirar en sus ojos languidece,
 Que cae sobre el hombro el cuello mira;
 Y tan bello su rostro palidece,
 Tan dulce compasion su muerte inspira,
 Que el corazon marmóreo se emblandece
 Y brota el llanto en medio de la ira.
 ¿Tú lloras, Soliman? ¿Tú, que en despojos
 Tu reino viste con enjutos ojos?

LXXXVII

Como ve el fierro hostil aun humeante,
 Tinto en la sangre del amado pajé,
 La piedad cede á la ira delirante
 Y las lágrimas seca su coraje.
 Corre á Argilan, su espada fulgurante
 Escudo, yelmo ó malla no hay que ataje:
 Todo rompe, y cabeza y cuello y pecho
 Hiende, de aquel Soldan muy digno hecho.

LXXXVIII

No contento, al cadáver aun con ira,
 Del caballo apeándose, hace guerra;
 Cual mastin si una piedra se le tira
 La muerde, al cuerpo muerto aquel aferra:
 Vano consuelo á que el dolor aspira,
 Ensañarse en la ya insensible tierra;
 Mas entretanto, el capitan cristiano
 Ni cólera ni golpes gasta en vano.

LXXXIX

Mil turcos habia allí que de loriga
 Y de yelmo y de escudo iban cubiertos,
 Indómitos del cuerpo á la fatiga,
 De ánimo audaz y en toda guerra expertos;
 La milicia más vieja es que allí siga
 A Soliman. De Arabia á los desiertos
 Siguiéronle en sus míseros errores
 Aun en su adversa suerte, valedores.

XC

Firmes éstos, en buen orden guerrero
 Cedian poco ó nada al valor franco;
 Atácalos Gofredo; el rostro al fiero
 Corcute hiere y á Rosten el flanco,
 La cabeza á Selin corta su acero:
 De los dos brazos deja á Rosen manco;
 Ni sólo á éstos, que con modos varios
 Muchos hirió y mató de los contrarios.

XCI

Cuando trabada así la lid furiosa,
Al sarraceno ataca ó se defiende,
Y la fortuna aún está dudosa
De quien el triunfo ó la derrota pende,
Nube se ve de polvo pavorosa
Cuyo seno de guerra un rayo enciende:
Fulgor de armas de improviso luce
Que en los infieles gran terror produce.

XCII

Son cincuenta guerreros, que en argento
Desplegan la purpúrea cruz triunfante;
No con cien bocas ni con lenguas ciento
Férreos aliento y voz, fuera bastante
A enumerar las muertes que sin cuento
Hace aqnel escuadron en un instante.
Cae el árabe astroso; el turco en vano
Resistir quiere al vencedor cristiano.

. XCIII

El horror, la crueldad, el miedo, el llanto
Giran en torno. En varia semejanza
Vencedora la muerte, causa espanto:
Hace de sangre un lago la matanza.
Con parte de los suyos entretanto
Sale el Rey, alentando la esperanza
De afortunado evento; desde un alto
El llano mira, y el dudoso asalto.

XCIV

Viendo que el mayor cuerpo se replega
Y cede, tocar manda retirada:
A Clorinda y Argante ordena y ruega
Que den la vuelta á la ciudad sitiada.
El par feroz á obedecer se niega,
Ebrio de sangre y de ira destemplada;
Cede al fin: sólo tientan poner órden
En la turba, y que huyan sin desórden.

XCV

Mas ¿quién da ley al vulgo y amaestra
Al vil temor que loca fuga emprende?
Uno el escudo arroja, otro la diestra
Desarma: estorba el hierro y no defiende.
Valle hay del campo á la ciudad que muestra
Lo que ella de Occidente á Sur se extiende;
Allí es por donde huyen; se alza oscuro
De polvo un torbellino cabe el muro.

XCVI

En los que huyen sin órden y sin tino
Se ceban los cristianos crudamente;
Mas cuando llegan donde está vecino
El refuerzo que el Rey manda á su gente,
Ve Bullon que en el alto agrio camino
Es el riesgo á los suyos inminente:
Su hueste pára; el Rey la suya encierra,
Resto no corto de infelice guerra.

XCVII

Hecho habia el Soldan cuanto era dado
A humana fuerza; más ya no podia:
Todo es sangre y sudor; grave y cansado
Anhelar, pecho y flancos le oprimia.
No alza el escudo, el brazo fatigado
Lento y sin fuerza el hierro sacudia;
Cae y no corta: bota y amellada
Se niega al uso la ántes buena espada.

XCVIII

Como tal se sintiera, en acto queda
De hombre que dude, y piensa allá en su pecho
Si la muerte se dé, porque así pueda
A otro quitar la gloria de ese hecho,
O para conservarse al tiempo ceda
Y su campo abandone ya deshecho.
"Venza el hado—al fin dice—y de mí lleve
"Trofeo la victoria que á él se debe.

XCIX

"Vea mi espalda el contrario, y escarnezca
 "De nuevo mi destierro miserable,
 "Con tal que en nuevas armas me aparezca
 "Contra su paz y reino deleznable.
 "No cedo, no: el recuerdo no perezca
 "De mi ofensa y mi encono perdurable:
 "Alzaréme enemigo más sañudo
 "Aun de la tumba espíritu desnudo."

FIN DEL CANTO NOVENO.

CANTO DÉCIMO.

Aumenta el vigor de los sitiados la presencia de Soliman, y el de
 los sitiadores la vuelta de los prisioneros de Armida libertados por Reynaldo.
 Elogio profético de la casa de Este.

I

Así diciendo, ve que por el llano,
 Cerca de él, un caballo vaga errante;
 Al cuello dél al punto pone mano,
 Y en él monta cansado y anhelante.
 La cimera perdió, su yelmo plano
 Ya no muestra la sierpe horripilante;
 Rota la sobreveste, nada queda
 Que su pompa real indicar pueda.

II

Cual lobo que huya y esconderse quiera,
 Que del redil seguro fué arrojado,
 Aunque sació ya el hambre carnícera,
 Ávido está de sangre y alterado
 Y la lengua pendiente trae fuera,
 Chupándola con labio ensangrentado,
 Así aun despues del combatir sangriento
 De muerte y sangre va el Soldan sediento.